

Tres enseñanzas de la “Tierra Poseída”

Escribe: LUCIO PABON NUÑEZ

FIDELIDAD A UNA VOCACION

Rafael Maya constituye en Colombia uno de los pocos y luminosos ejemplos de fidelidad a la vocación literaria. Habiendo empezado a muy temprana edad a escribir en revistas y periódicos de su tierra, puede sostenerse que a estas alturas cuenta ya medio siglo de estar ejerciendo su sacerdocio estético, el cual se vincula especialmente a la poesía, a la crítica literaria y a la cátedra. Ha tenido intervenciones en otros campos (miembro de la Cámara de Representantes, delegado permanente ante la Unesco), más de un modo episódico; su actividad constante y unificadora ha sido la literaria.

Poseedor de un agudo e inquieto espíritu de indagación y de una fuerte estructuración humanística, a base de lenguas y autores clásicos y de filosofía, Maya ha podido cultivar la ordenada lectura creadora, labor a la que ha acompañado su poderosa capacidad de reflexión y sus personales observaciones de profesor y de viajero. No ha sido el hurraño habitante de una torre de marfil, sino el partícipe comprensivo del escenario y los dramas de sus contemporáneos.

A estos nobles componentes de su personalidad, agrega una amplia inteligencia, una refinada sensibilidad y una imaginación extraordinariamente fértil.

Todos estos dones están conducidos por una voluntad de permanente superación. Es así como Rafael Maya ostenta hoy el título de uno de nuestros más completos escritores.

Fuera de sus colaboraciones en la prensa y de muchos discursos académicos no recogidos en volumen, ha publicado seis libros de poemas, uno de cuentos y prosas poéticas, y unos siete de ensayos críticos. Dirigió *La crónica literaria*, suplemento del diario *El País*, y allí estimuló a una generación de escritores que han acrecentado el prestigio nacional, como Darío Samper, Azula Barrera, Jorge Padilla, Gerardo Valencia y Darío Achury Valenzuela, para citar algunos nombres entre muchos. Durante cinco

años fue director de la revista *Bolívar*, órgano del Ministerio de Educación y uno de los mejores vehículos de la cultura hispanoamericana; al mismo tiempo, como complemento de tales funciones, editó la Biblioteca de Autores Colombianos. En esta última tarea no se redujo a escoger las obras que se sacaron a luz, sino que también escribió la mayor parte de los prólogos, en páginas de penetración y brillo ejemplares.

En el desempeño de la cátedra en colegios, universidades y centros de especialización, ha sido un orientador seguro, un independiente analizador de valores estéticos y un defensor infatigable del buen gusto. Sus *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* son una espléndida muestra de la original responsabilidad con que cumple su magisterio.

En todos estos trabajos el idioma es manejado con pureza y elegancia; la claridad, la armonía y la dulzura, que, según fray Luis de León, son signos de estilo superior, se enlazan en la prosa de Maya con la gracia de las tres doncellas de *La Primavera*, el glorioso cuadro de Botticelli. Con derecho que muy pocos pueden igualar ocupa un sillón de numerario en la academia colombiana.

Si alguien ha pensado ante el paso de los años que nuestro autor ha decaído, no le ofrecemos el recuerdo de Cervantes o de tantos artistas que produjeron lo mejor de su genio en la edad madura, sino las dos últimas creaciones que en 1964 nos ha dado a conocer Maya: el estudio sobre la integración estética de Unamuno y el poema *Palabras para un titán*, en exaltación de Miguel Ángel, frutos áureos de suma inteligencia y de divinal belleza, imponente refrendación de la plenitud creadora del investigador y del artista.

"LA TIERRA POSEIDA"

Estas palabras se nos han venido como una introducción a lo que nos sugiere el último libro de Maya: *La Tierra Poseída* (Colección Canal Ramírez de autores colombianos, Bogotá, octubre de 1964).

Está aquí el maestro en la totalidad de sus calidades poéticas: la vigorosa y límpida inspiración engendra ideas conductoras e imágenes cautivantes dentro de la variedad, con una libertad apenas orientada por la armonía cósmica. Nos explicaremos. Maya no se apega a las combinaciones estróficas: aquí apenas un poema y parte de unos pocos más están en cuartetos regulares; los otros disfrutan de la soltura del verso libre o de algunas licencias de la oda. Podía pensarse en que el poeta está vinculado a la escuela del prosaísmo disfrazado de poesía, que con el pretexto del "ritmo interior", prescinde no solo de asonancias y consonancias, sino de lo que caracteriza al verso: el ritmo o número melódico. Pero no es así: si a veces Maya elude la rima, jamás abandona el ritmo, al que su fino oído, clásicamente educado, tributa una sabia fidelidad. El endecasílabo y el alejandrino son sus metros preferidos. Y los maneja con pasión de músico y agilidad de orfebre.

Como lo canta en *Los cuatro caminos* y en el poema dedicado a Miguel Angel, la libertad y aun la rebeldía son una fuerza de superación. Por eso no es fácil encasillarlo dentro de una escuela; bien se expresa en *Aquí se canta el pino*:

*Voy a cantarte, con mi voz antigua
por clásico, romántico y moderno,
¡oh pino universal!, árbol del mundo,
melancólica torre del recuerdo...*

Mas toda esta rebeldía, toda esta libertad, actúa dentro de una norma de suprema ordenación: "el ritmo del divino universo", al cual la poesía enlaza "compases de zagalas y música de esferas", y el cual ató al contorno y a la curva los ímpetus creadores del genio florentino.

Una de las singulares virtudes del artista reside en la sencillez, exactitud y transparencia de la imagen, y más que todo en la novedad. Para lograr esto último, cosa en realidad muy ardua, agudiza sabiamente el sentido; y así sorprende por primera vez en el giro de los álamos la gracia de los lebreles sueltos, o en el dolor del sauce frente al agua la doble dolencia de la viuda delante de un espejo. O encuentra un rasgo nuevo en una vieja comparación, como cuando da a la campana dominguera el encanto de la doncella que danza con un clavel entre la boca, o como cuando explica así los fenómenos de la Italia renacentista:

*Nodriza de cien pueblos y maestra
de un mundo que, por celestial mandato,
tomó, volteando sobre el torno helénico,
la clara forma del pulgar latino.*

O crea él mismo, sin amortecer la verdad de la ilustración, uno de los términos de la figura: la piedra es blanca, o rubia, con doradas vetas, "como el amanecer de una columna"; la vena en la frente de Abel se rompe como "la cinta azul con que se ciñe un ángel"; ante el altar de los sacrificios, "baja descalzo Dios, como un pastor del monte"...

PRIMERA ENSEÑANZA: LA SUBLIMACION DE LOS SENTIDOS

La concepción aristotélica, según la cual los manantiales del conocimiento son los sentidos, viene a resumir el credo artístico de Maya: "Ver, oír y palpar: lo único necesario al poeta, que es cazador de realidades... He allí la sola ciencia donde la lira funda su incomparable gozo": (*Mi reino es de este mundo*). Y entre estas fuentes poéticas, la primera es la de la luz:

*Mirar es la suprema recompensa del hombre
que, venciendo la sombra donde callan los muertos,
puede sufrir la carga de infortunios sin nombre
tan solo por vivir con los ojos abiertos.*

Pero este mirar, para que sea creador de belleza, tiene que unirse a la meditación. El hombre corriente, como la mariposa que se para en la rama florecida o el pájaro loco —“ceniza y candela”— que anida en las hojas, no ve más que la rama o las hojas; el artista, en cambio, lo mismo que el filósofo, sabe que ese esplendor vegetal brotó de “un dolor de siglos”, de la dura contienda de las rocas y el fuego. Cuando las violetas perfuman la tarde, hay que pensar en que “la raíz es una fuente del aroma”: (*Raíces*).

He aquí que, en último término, Platón, el de las ideas innatas, y el estagirita, el sublimador de los sentidos, vienen a armonizarse en el esteta, quien “en la hora nupcial” del espíritu y la carne intuye el misterio:

*“Naturaleza muerta”, es frase de pintores
que repudia el poeta, para quien todo canta.
Existe una doncella cautiva en cada planta
y hay un niño dormido debajo de las flores.*

(Mi reino es de este mundo).

SEGUNDA ENSEÑANZA: LA ARMONIA DE LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

En este hondo comercio del cuerpo con el alma, a la luz de la belleza, va el hombre descubriendo a cada reflexión verdades glorificadoras, que terminan por sumirlo en aquel piélago de música terrestre y música de “la más alta esfera” en que se desmayaba fray Luis.

Así llega a sentirse nota de una gigantesca sinfonía, eslabón fraterno en el cosmos; nace en tales vías lo que denomina Maya “una fe geográfica de estilo panteísta”, que no es otra cosa que la exaltación franciscana en la universal paternidad de Dios. Las sendas de la selva, del hogar, de la sierra y del océano son

*Cuatro caminos que al disperso mundo
dan unidad, y le dispensan nombre,
enlazando, en un símbolo fecundo,
a la naturaleza con el hombre.*

(Los cuatro caminos).

En esta sagrada comunión “el llanto de todas las razas demuestra que sufren lo mismo vegetales y hombres”: (*Raíces*). Hasta la piedra se transforma en “conciencia de los siglos” y se une sobre el sepulcro incommoviblemente a la criatura humana: (*Yo me llamo la piedra*).

Como transmisores del bien celeste, acude el hombre al pino y al fuego para implorar del primero rectitud para la vida y sencillez para el poema: (*Aquí se canta el pino*) y del segundo, luz, numen, guía, unidad, arrebató y elevación: (*Todo es obra del fuego*).

En esta maravillosa concatenación, hasta la hormiga que horada los montes, se vincula a la pareja que en la cumbre “cuenta los besos por estrellas”: (*El relato de la hormiga*).

En este unitario universo de la divina armonía, en que mayo y abril son preceptores de fragancia y de júbilo, el cantor vive con la tierra "en una unión estrecha", y vive de igual modo con toda la creación. Esta la clave del ayuntamiento de las dos hermosas enseñanzas anteriores:

*Ver, oír y palpar: ¡para el poeta es todo!
Mas un grano de polen alberga una centella,
así como al saltar una gota de lodo
se incubaba en los espacios el germen de una estrella.*

(Mi reino es de este mundo).

TERCERA ENSEÑANZA: LA SUPREMACIA DEL HOMBRE

Como destellantemente lo sugiere al condensar la lucha de Miguel Angel por lo eterno, sobre todos los seres y valores está Dios. Cuando el hombre, dentro de la casi infinita gama de las criaturas, medita en la esencia de la materia y del alma, en la escala de las misiones vitales; se siente superior a todos sus hermanos, porque puede ser discípulo del Altísimo en el poder creador. La grandeza del florentino hay que loarla en estos términos:

*...Reinabas en tu genio
solo, como el Señor en las tinieblas,
y un día dijiste: "Que la luz se haga".
Y apareció la aurora en la Sixtina
y el sol sobre la cúpula de Pedro.*

(Palabras para un titán).

He aquí por qué *La tierra poseída* viene a ser en última instancia la epopeya del hombre. Todo en este libro, realzamiento de los clásicos reinos de la naturaleza y de los elementos, revelación de los más entrañables enlaces de los mundos, explicación de los interinflujos de lo espiritual y lo terrestre, todo confluye en la apoteosis del ser humano.

El Adán del poeta, cuando la serpiente le ofrenda la manzana como garantía de divinización, responde:

*...Yo solo quiero
ser hombre únicamente.*

(Aquí se canta el pino).

Nuestra sangre "es el precio del mundo": (*Sangre*). En su final, Apolo bebe los mejores zumos del consuelo porque cambia "el honor inútil de ser como los dioses por la gloria inmortal de parecerme al hombre": (*La vejez de Apolo*).

La Tierra Poseída contiene diez soberbios poemas, capaz cada uno de servir de corona a un gran artista; de ellos el más alto es el dedicado a Miguel Angel, digno a fe del genio de Florencia. En este canto, en la sublime personalidad loada, se tributa el más completo homenaje al hombre,

dominador de las fuerzas naturales, portador de potencias eternizantes, cuya suprema hazaña consiste en volver a abrir las puertas del paraíso a todas las criaturas, tras desarmar al ángel que las defiende.

Botticelli en *Palas y el centauro* glorifica al monstruo, revitalizándole los rasgos lánguidos, junto a una columna rota, por medio de la mano de la diosa, que derrama sabiduría sobre la fiera testa. Quizás en este cuadro pensó Maya, cuando hizo del centauro el símbolo de Miguel Ángel:

*...La gloria
del ideal, en la serena frente,
y en el equino pecho la pujanza
de la naturaleza.*

He aquí una hermosa síntesis de la agonía y el triunfo del hombre en la historia. Por su formación, por su obra, por su fe y sobre todo por la esperanza que transmite a sus hermanos en ritmos perdurables y en palabras de acendrada sabiduría, Rafael Maya ha llegado a la cumbre del humanismo. "Onorate l' altissimo Poeta!".

Bogotá, 6 de diciembre de 1964.